

“caban á mí. . . . y al fin se casarán, y serán ricos, y tendré unos nietecitos como arcángeles.

“Esa música. . . .! destapen Champaña. . . .! y acabemos alegres, al revés de las comedias, porque se deshizo la “boda.”

“Navarrete se estableció no léjos de aquí, y su familia, que fué la de Martinez, llenó de felicidad sus últimos años.

“Este es el cuenécito. . . .

“¿Quién cuenta otro más bonito?”

Bebimos alegres por el recuerdo del matrimonio frustrado, que pinta siempre una faz de la sociedad americana.

X

Sobremesa en casa de Quintero. — El Dr. Havá. — Turla. Su muerte. — Sus versos á Rodriguez Galvan. — Quintero. Sus versos. — Traducciones de Poe. — La estatua de Clay. Soledad. — Dias negros.

EN la casa de Pepe Quintero, que veía y me enorgullecó de ver como mia, tuve agradabilísimas reuniones con lo más inteligente y distinguido de la sociedad literaria de Orleans.

Quintero habla y escribe en inglés con pureza y correccion, iluminando su frase con la galanura de los idiomas latinos y el chiste del frances especialmente.

Quintero y Dana son los hombres (entre los que he tratado), que en los Estados-Unidos se pueden entender mejor y más popularmente con los hombres de raza latina.

Quintero es un gran poeta: cierta ternura sombría; cierta filosofía de la escuela de Byron, pero en el fondo llena de

nobleza, hacen adorables sus composiciones, principalmente las que se relacionan con sus afectos íntimos.

Conocedor profundo del idioma inglés y de sus más atrevidos giros poéticos, ha podido traducir á Edgar Poe, ese beodo sublime que puso á la misma ciencia al servicio de la locura en su incomprensible idealismo.

Quintero ha traducido brillantemente á Longfellow, reputado como el primero de los poetas americanos, y yo lo creyera si no hubiera aspirado el perfume de los bosques vírgenes en las solemnes composiciones de mi amado William Bryant.

El elogio de las traducciones de Quintero lo ha hecho Longfellow, y yo he visto carta suya en que tributa elogios que envanecerían á cualquiera otro hombre de alma ménos grande que mi amigo.

Como decia, las tertulias de la casa de Quintero eran para mí deliciosas: allí admiré mil veces la instruccion inmensa, la energía independiente, la fé inquebrantable en los principios del viejo leon á quien he dado á conocer con el nombre de Demitrich; allí esclarecí mis dudas históricas con Gayarré, y allí tuve conocimiento con el Dr. Havá, persona muy estimable y simpática.

El doctor tendrá cuarenta y cinco ó cuarenta y seis años; fornido, de color moreno, de altiva frente y de ojos negros que despiden rayos de penetracion y de pasiones tumultuosas.

Desciende de su cabeza á sus hombros, espesa melena de sedosos cabellos que terminan en una rizada extremidad, como el doblez de un cortinaje. Eso le da dureza á su conjunto; pero no solo Havá es hombre sabio sino de una ex-

quisita y sólida educacion, con ciertas originalidades, que sin llegar á la extravagancia, lo hacen singular.

Sabio sin pedantería, humano y generoso, sensible á las bellezas artísticas, á pesar de sus enemigos, es necesario confesarle mérito á este doctor á quien mucho quiere Quintero.

Havá hizo su educacion en Paris, distinguiéndose mucho en su facultad; delira con la preponderancia de la raza latina, y cubano independiente, tiene por México especial predileccion, lo que, como debe suponerse, es un título más á mi cariño.

Hablando de literatura en una sobremesa, se mencionaban las publicaciones periódicas, señalando al *Picayune*, *El Times*, *El Daly Democrate* y *L'Abeille de la Nouvelle-Orleans*, periódico frances en algunas épocas, perfectamente redactado.

Hablándose de instituciones científicas y literarias, Havá habló en los términos más elocuentes de la Academia Médica, ensalzando el mérito de sus compañeros, sin rivalidades ni miserias.

A Quintero tocó el elogio del Ateneo Luisianés, que se puede citar como representante digno de la literatura francesa.

Mercierz, novelista y escritor distinguido, es el secretario perpétuo del establecimiento, y ha dado á luz "La Hija del Sacerdote Delery," y otras obras de sobresaliente mérito.

Con suma complacencia, con verdadero orgullo escuché los elogios á la Sra. Townsed, que ostenta modesta en su tocado de matrona ejemplar, la diadema que ciñeron Saffo y Corina.

Yo lamento como una verdadera desgracia la pérdida de una lindísima poesía dedicada á mis compañeros y á mí, y que se publicó en *El Picayune* con universal aplauso, como todo lo que sale de la pluma de Xarifa. Lo que es yo, no soy imparcial: la quiero mucho, la admiro y le vivo muy reconocido.

De una palabra en otra palabra, se encadenó la conversacion, como si todos forjaran, cada uno su anillo de oro, para hablar de la literatura habanera.

Resonó primero, en medio de nuestra profunda admiracion, nuestro Heredia. . . . nuestro, porque aunque la fortuna quiso darle su cuna en Cuba, nosotros le dimos templo á sus glorias y asilo á sus restos.

Milanes, Palma, y Plácido, tan esencialmente cubano como los palmares y los plátanos que sombrean la herida, pero hermosísima frente de la sultana favorita de las Antillas.

Hablando de esa constelacion que refleja su brillo en las aguas de Cuba, forzosamente mencionamos á Turla.

Turla debía morir á los dos ó tres días de esta conversacion; su infortunio le engrandecía á nuestros ojos; la pobreza consagraba la frente augusta del mártir; á su alma la veíamos desprenderse luminosa de su antro de miseria, para incorporarse como una ola fulgente en el infinito de la eternidad.

Turla era hijo de un sastre; desde sus primeros años, su génio activo y soberbio protestó en favor de las libertades de sus compatriotas.

Ardiente amigo y admirador de Heredia, se complicó en sus trabajos revolucionarios, y vivía hacia cuarenta años desterrado en Orleans.

Quiso dedicarse al periodismo, y no tenía la flexibilidad que ese ejercicio batallador requiere. Daba lecciones y vivía en la miseria. Así estaba muriendo.

Su inspiracion tiene el carácter ácre, incisivo, pero frecuentemente sublime, de Barbier, á quien se le comparó durante el período revolucionario.

Yo recordé las relaciones que contrajeron nuestro Rodriguez Galvan y Turla en la Habana, cuando el uno, siguiendo su sino fatal, tropezó con su tumba, y el otro estaba en vísperas de que la mano del destierro lo robase para siempre del suelo de que puede llamarse honra y orgullo.

Me lamentaba de no poseer la composicion que Turla dirigió á Rodriguez despues que éste asistió conmovido á la lectura del Conde de Alarcos, y cuando concluyó le instaba Rodriguez á que fuese á radicarse en México.

Lamentaba, digo, no recordar esa composicion, cuando Havá, con entonacion verdaderamente magnífica, declamó los versos de Turla, que dicen así:

A RODRIGUEZ GALVAN.

Vate del Anahuac, pues con tu lloro
 Honrar quisiste el desgraciado drama:
 Esta es la hoja mejor del libro de oro
 Que codicioso demandé á la fama:
 El bello corazon de la cubana
 Pinté no más, si reparar quisistes
 En aquella hermosura sevillana
 Hija infeliz de mis ensueños tristes.
 Lindas son nuestras bellas y este clima
 Les da un hablar simpático y suave,

Que fácil entra en la española rima
 Y al corazon introducirse sabe.
 Donde deja marcada su sandalia
 La vil esclavitud, mandan las bellas
 Con ternura mayor: así es la Italia
 Con su cielo purísimo de estrellas.
 La causa debe ser y á ella redimen
 La vejacion en que las tristes andan;
 Que donde más las hermosuras gimen,
 Es donde más las hermosuras mandan.
 Oh! yo las amo, y si la lira mia
 Su posicion amarga suavizara,
 Amor y solo amor resonaria
 Mientras el corazon me palpitara.

Mas yo no buscaré, como tú dices,
 Playa mejor en donde el libre goza,
 Y entre sus hijos nobles y felices
 La Santa Independencia se alborozar:
 Que aunque supe adorar, por dicha mia,
 La libertad Augusta, pequeñuelo,
 Y siempre detesté la tiranía
 Como amo al sol, como bendigo al cielo;
 Y aunque odiar supe al mandarin malvado
 Que á remachar mis grillos, vil coadyuva,
 Nunca comiendo el pan del emigrado
 Pensé cumplir con mi adorada Cuba.
 Hijo de Cuba soy: á ella me liga
 Un destino potente, incontrastable;
 Con ella voy, forzoso es que la siga
 Por una senda horrible ó agradable;
 Con ella voy sin rémora ni traba,
 Ya muerda el yugo, ó la venganza vibre;

Con ella voy mientras la lloré esclava;
 Con ella iré cuando la cante libre:
 Con ella voy en noche procelosa,
 Y errar bien puedo la difícil vía;
 Mas siempre voy contigo ¡oh Cuba hermosa!
 Y apoyado al timon, espero el dia!

Dos dias despues de tributar nuestro homenaje al génio de Turla, asistiamos á su entierro: entierro humildísimo, acompañado de unos cuantos cubanos que llevaban en sus semblantes el lóbrego duelo del emigrado, como si tuvieran que lamentar la más triste de las orfandades, la orfandad de la tumba. La comitiva que asiste á la inhumacion de un compatriota emigrado, es semejante al tormento que algunas legislaciones imponen de que presencien el suplicio de su cómplice

Aquella soledad, aquel silencio, aquel poeta anciano que soltaba de sus garras la miseria-para entregarlo á la muerte en suelo extraño, me hicieron hondísima impresion.

Acaso este incidente, desapercibido para muchos, porque yo me mezclé á la comitiva sin ser invitado y sin que nadie me conociese, determinó en mi ánimo un estado de tristeza imposible de describir.

Noche á noche me aislaba de mis compañeros y me iba á sentar las horas enteras á las escalerillas del monumento de Clay.

Allí, en la oscuridad más completa, sangrando mi corazon de amargura por circunstancias las más acerbadas de mi vida, produje una série de composiciones, que no tienen interes alguno para otros; que lo tienen para mí tiernísimo; que se mejan á esos objetos que nos los hace preciosos el amor, la

gratitud, el peligro ó la muerte, y que maltratados por el tiempo, donde los otros señalan un harapo, nosotros veneramos una reliquia. Perdonen mis lectores mi debilidad, y dispensen su indulgencia á esas fojas arrancadas del Album de los tormentos de mi alma:

DIAS NEGROS.

DESENCANTO.

Yo no sé: ¿qué me importa? El viento airado
Gime en mi barca: el corazon ya muerto
No cuenta si un vaiven la lleva al puerto,
O la va en el escollo á sumergir.

Yo no sé: ¿qué me importa? ¿qué es la vida?
Un sueño, una vision, tal vez la nada,
El canto ó el dolor en la posada;
Pero llanto al llegar... llanto al partir.

El confin de la gloria es el vacío,
Las heces del placer, el desengaño,
Abismos de dolor por bienes, daño,
Y al fin de la jornada, al fin, morir...

Feliz quien mira en lontananza un cielo,
Y entre las nubes de la tumba umbría,
Los blancos rayos apuntar de un dia,
De eterno, de purísimo lucir.

El niño que á la márgen del arroyo
Va deshojando pétalos de vida,
Y sigue con mirada entretenida
Anhelante su propia destruccion;

El jóven que la copa de sus años
En el festin de amor procaz derrama:
La vírgen pura que á voluble llama
Da sonriendo su propio corazon,

¿Qué quieren? ¿dónde van? ¿por qué esas risas
Si los esperan mares de quebranto?
Pero, ¿por qué tambien acerbo llanto
Por la estúpida farsa de vivir?
A la verdad humilla la impostura;
El desden al saber; á las virtudes
Cercan tenaces fieras inquietudes...
¡Quien quiere descansar, quiere morir!

Un tiempo fué que mi ilusion de gloria
Abrió en la tempestad sus alas de oro
Y de mi lira el palpar sonoro,
Sus ecos entusiastas prodigó.
Expié como delito el noble anhelo
De erquir radiando la altanera frente;
La envidia, con colmillo de serpiente,
Me hirió rabiosa y mi cantar ahogó.

Y es bello que el gusano se convierta
En la sombra pintada mariposa,
Y que el pútrido germen de la rosa
Dé sobre el tallo engalanada flor;
Y es hermoso mirar que al sol remeda
Al salir de su cárcel el gas puro,
Y que ilumina el horizonte oscuro
Hecho llama vivífica el carbon.

Mi alma era luz, de la amistad al beso,
 Mi sangre toda de pasión ardía,
 El alma era raudal que se esparcía
 En gotas luminosas de cristal . . .

Mi alma era amor . . . El mundo en que flotaba
 Su blanco velo de orlas purpurinas,
 Se desgarró con bárbaras espinas
 Y hecho girones por los aires va . . .

Riquezas, ilusión . . . contento, gloria,
 Patria ¡ay! la patria . . . la inconstante suerte,
 Todo camina al seno de la muerte:
 Feliz ó desdichado, ¿qué más da?

Está negra la luz, negros los campos,
 Se extiende dentro el alma negro velo . . .
 ¡Dios! ¡oh gran Dios! un rayo de consuelo . . .
 ¿Nunca le lograré? ¿Jamás?—¡Jamás!!

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-Orleans, Marzo 18 de 1877.

SOLEDAD.

Besa mi frente, estréchate á mis brazos,
 Empapa con la hiel de tu tormento
 Mi labio gemidor, y da á mi acento
 Tus quejidos de angustia y orfandad.

Tú fuiste como invierno de mi infancia:
 Fuiste en mi corazón eterno duelo,
 De tu mano de muerta sentí el hielo
 Sobre mi alma, ¡terrible soledad!

Sobre la tumba del que el sér me diera,
 Que no tiene una cruz, que no decora
 Sauce doliente, que adherido llora
 Al sepulcro del mísero pastor,
 Allí te conocí . . . sobre una losa
 Estaba reclinada tu cabeza:
 Yo admiré con espanto tu belleza
 En mi embriaguez acerba de dolor.

Después, cuando mi frente descansaba
 De santa madre en el amante seno,
 Al levantarlo de tormento lleno
 Buscando arrimo, desamparo hallé.

Y ni el cielo con nubes purpurinas,
 Ni el viento que murmura entre las hojas,
 Dieron luz y consuelo á las congojas
 Del corazón que derramaba hiel.

Pobre niño! pisando con su planta
 Desnuda, los abrojos de la vida,
 Dejando sangre de su planta herida
 Al saludar la hermosa juventud.

Pasaba la fortuna en su carroza
 De púrpuras y armiño, perlas y oro:
 Pasaba rauda . . . y al través del lloro
 En mi desierto te encontrabas tú.

Sediento un punto el corazón abría:
 Al que pasaba, le tendí la mano,
 Vino á mis brazos, le llamé mi hermano,
 El corazón se estremeció feliz . . .

Ansiosa la mirada, alta la copa
Escuché su sarcasmo á mi ternura,
Y en mi hondo desengaño, con tristura
Te hallé. . . do tu semblante conocí.

De entónces entre el vago torbellino
De glorias, de esperanzas, de ilusiones,
Al volar entre férvidas pasiones,
Al dormirme rendido de inquietud,
¡Oh, soledad! en mi hondo desamparo
A tí se estrecha el corazon vacío,
Y al besarme tu labio, siento el frío
Que marchitó mi triste juventud.

GUILLERMO PRIETO.

Marzo 19 de 1877.

MI ALMA.

En mis horas acerbadas de abandono
Algo dentro de mí padece y llora;
Algo como del ave gemidora
Distante entre las sombras el cantar.

Como oculto raudal que gota á gota
Pierde su vida en la caverna oscura,
Así siento en mis horas de amargura
Mi existencia tristísima acabar.

Mi alma percibo como luz incierta
Que en trémulo fulgor las tumbas baña;
Huérfana que llorando me acompaña
En las sombras del tiempo que pasó.

Vibracion vaga de la rota lira
Por cuyas cuerdas atraviesa el viento,
Y remeda sólozos de tormento
En constante y monótona cancion.

Vivo como esos árboles que azota
El viento de la mar, que erguidos mueren
Y esqueletos en pié su raíz adhieren
Al suelo ingrato que los vió nacer.
Torcidos, encorvados, extendiendo
Sin vida al suelo los desnudos huesos,
Que de la brisa los amantes besos
Los hieren con su pompa de placer.

Van cayendo las sombras dentro mi alma
Cual la noche en el valle; su verdura,
Sus lagos y su mágica hermosa
Parecen las tinieblas sumergir.

Es como tumba en lóbrego vacío
Que envuelve al cielo en el terror sublime,
Y allá á lo léjos. . . dolorida gime
El alma como tórtola infeliz.

Si fuera dado á la agotada fuente
Que tendió su raudal limpia y serena,
Decir su queja á la inclemente arena
Que le robó sus auras y su sol;
Si fuera dado al pájaro perdido
Que siguiendo la nave extravió el vuelo,
Contar al mar sus ansias y su duelo
Y su hondo desamparo de dolor;